



Defensa dels mèrits del doctorand a càrrec del Dr. Perfecto E. Cuadrado

Cristóbal Serra: elogio y reivindicación

Cuando, con vistas a esta presentación, defensa y loa de sus méritos, concerté una entrevista con Cristóbal Serra, al entrar en su casa, hecho el intercambio de abrazos y sonrisas de bienvenida que en él son reglamentarios, me sorprendió con unas hojas manuscritas en las que, tras la fecha, lugar y condiciones sociales de su nacimiento –un 28 de setiembre de 1922 en Palma y en el seno de una familia burguesa- había añadido como complementos circunstanciales los siguientes: "Exactamente el alumbramiento tuvo lugar en una casa de la que es hoy la plaza del Mercado, donde se yergue en ademán parlamentario la estatua de Antonio Maura y donde está fijada, en los muros de la iglesia de San Nicolás, la piedra en la que se sentó la beata Catalina Tomás". Y a renglón seguido, pero esta vez en tercera persona y en estilo jocosos-enciclopédico, resumía así las líneas principales de su obra:

"Se le conoce por su inclinación a montar antologías. Conocida es su *Antología del Humor Negro español* y las páginas antológicas de la prosa iluminada de Juan Larrea ("*Ángulos de Visión*").

Su primicia literaria fue *Péndulo*, un personaje crepuscular, como gran parte de su obra. A este libro siguió el viaje quimérico *Viaje a Cotiledonia*, que acogió la colección "Los Heterodoxos" de Tusquets. La vertiente lúdica está en estos tres libros y en *Diario de Signos*, y la vertiente profética en su *Itinerario del Apocalipsis*, *La Noche Oscura de Jonás* y *Visiones de Catalina de Dülmen*. Ha cultivado asimismo el diario reflexivo en *Con un solo ojo*, y ha hecho acopio de su acervo aforístico en *Nótulas*. Ha dispensado atención al aforismo universal en su libro *Efigies*, y ha publicado su antología general *El don de la palabra*.

Su autobiografía *Las líneas de mi vida* ha sido continuada, en cierto modo, en su próximo libro *Tanteos crepusculares*".

No contento con esto, y siempre bien dispuesto a ahorrarme a mí trabajo y atenciones, concluía su escrito con el siguiente brevísimo apunte de "Ideario literario" que ya fragmentariamente había avanzado en algún escrito suyo:

"En mi ideario literario no queda excluida la filosofía. A ella le reservo el debido lugar, lo mismo que se lo reservo a la profecía. Primeramente, para mí, se acabaron las fronteras de los géneros, del mismo modo que entiendo que la poesía puede estar en un prosador. De hecho, la poesía moderna está más cerca de la prosa que de los cánones de la poesía rimada. Me rijo más por la Imaginación que por la Razón, y doy entrada a la sinrazón en mi literatura. Estimo que el ritmo de mi obra es casi una poesía de las ideas, un pensamiento poético, que oscila entre el abismo negro y el abismo blanco. Tres años de fratricidio, durante la guerra civil, me inmunizaron contra todo lo que pueda ser épico. He rechazado la novela por la novela, he dado la espalda a la solemnidad, y me ha movido un afán de brevedad, que me sitúa entre los escritores lacedemónicos. ¿Influencias? Directas, pocas, indirectas, muchas, pues amo el lenguaje por encima de todo y venero a quienes, por medio de la palabra, han sido graves o festivos. Desconfío sobre todo de toda literatura contemporánea que haya roto totalmente con el pasado".

Bastarían estos fragmentos de prosa aproximadamente autobiográfica para ilustrar los vericuetos más visibles del *bildungsroman* o peregrinación o camino de perfección del hoy públicamente aquí reconocido Tòfol Serra, y sobrarían como referencias mayores para justificar ese reconocimiento, pudiendo así dar yo cumplido fin a mi discurso para mayor mayor satisfacción y alivio de todos ustedes. Pero no se santigüen todavía, pues quiere la liturgia de este acto y quiero yo también como oficiante adjunto que se añadan algunos otros hilos a los respuntes citados del autor.

Así, de su vida sin estridencias destaca él mismo y lo destacan sus críticos y lectores la experiencia de sus años adolescentes en la que vendrían a concurrir, en palabras de Balsilio Baltasar, tres circunstancias que habrían de ser determinantes en su trayectoria posterior, a saber: "Las secuelas de la guerra civil, con su noticia de brutalidad bajo el pendón de los vencedores. La enfermedad que lo recluyó en las solitarias habitaciones del Puerto de Andratx, meciéndole durante años con la brisa salina de la antigüedad mediterránea. Y la poblada biblioteca de un barco de vela anclado en la bahía y puesta a disposición de su tierna curiosidad por una exquisita dama inglesa".

Quizás cabría añadir una cuarta que había de ocupar su lugar (no sé exactamente cuál, ni ahora me importa) en el rosario de sus frustraciones: me refiero a sus actividades deportivas como extremo y delantero centro de El Porteño, donde no acabó de cuajar como estrella del balompié por culpa de su acusada miopía y el uso consiguiente de unas gafas que le hicieron desistir porque, según confesión propia, "no daba ni una con la cabeza".

De esos años de convalecencia y de lecturas, había de nacer su primogénito literario, *Péndulo*, escrito en 1951 y del que dijo un día diciéndose a sí mismo: "*Péndulo* es el retrato más acabado de lo que fui en aquellos días. A través del personaje (mi heterónimo) , se ve al joven provinciano, frustrado, sin compañía femenina, llagado por la enfermedad, fácil presa de la melancolía".

Y de sus años ya mozos se limitó a decir con apasionada displicencia lo siguiente:

"Soy licenciado *in utroque*, o sea, en leyes y en letras. No ejercí de leguleyo y me dediqué en cambio a la docencia. Antes de ejercer en la enseñanza (de literatura, francés e inglés), tuve empleos diferentes. He sido periodista interino, traductor de cartas comerciales, conserje de hotel. Lo que ustedes quieran.

He dedicado todas las horas posibles a la literatura, porque amo ese modo de expresión artística que es el lenguaje y porque venero a todos los que con la palabra revelaron verdades poéticas, hijas del espíritu".

Permítanme un paréntesis para señalar los curiosos paralelismos biográficos entre Cristóbal Serra y dos escritores admirados (admiración que comparte el que les habla) y próximos: Camilo José Cela Trulock, Doctor Honoris Causa también y Catedrático Extraordinario de esta Universidad, con quien le emparentan la enfermedad y la convalecencia pródiga en lecturas y fermentadora de la escritura posterior, y Fernando Pessoa, desdoblado también en heterónimos que en su interior representaban a diario su personal "drama em gente" y que además pasó su vida medioviviendo a base de traducciones de cartas comerciales, aunque en el caso de Tòfol Serra su experiencia laboral haya sido más rica, llegando en sus desvelos por sobrevivir hasta las cumbres grouchianas de la actividad docente (emparentándose así con otro grande como fuera el poeta Stéphane Mallarmé, que superó en osadía a nuestro autor llegando a fabricar él solo una revista para mujeres lectoras con todas las secciones que un hijo del siglo pensaba que cabían en tal publicación).

Con Pessoa comparte además su decidida vocación de ermitaño urbano, lo que un orador más adornado que el que les habla podría glosar recurriendo a los versos de Fray Luis

¡Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido, y sigue la escondida senda, por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!

o el aforismo de Zhuanzi (o Chuang Tsé, o Chuang Tsú): "El que ha practicado la inacción es tranquilo como la bahía, silencioso como el desierto, apacible como la melodía" , pero que yo casi prefiero para el caso la más inmediata sabiduría de don Matías Vallés, que del ermitaño nos dice: "Elocuente en silencios y tranquilo de sí mismo. Serra sabe que Mallorca entera está desapareciendo, por lo que se ha limitado a comportarse como un adelantado. Sin histerias ni extravíos, intramuros. Ha trabajado a fondo para ser irreplicable, el desconocido perfecto que siempre camina por la isla como si no hubiera un mar a todos lados".

O quizás sea mejor traer aquí a colación a Octavio Paz, que así quiso y supo retratarlo en un célebre texto fechado en París y en 1961: "La literatura de lengua castellana es la imagen misma del aislamiento. [...] Lo que se llama la "república de las letras" no existe entre nosotros. [...] Existen en cambio los caudillos y las bandas. Oscilamos entre la promiscuidad de la horda y la soledad de los anacoretas. Literatura de robinsones, polifemos y ermitaños. Cada uno en su isla, en su cueva o en su columna. [...] Encontré a uno de estos ermitaños en Palma de Mallorca la primavera pasada. No se esconde en una caverna ni en un castillo. Lo separan del mundo la melancolía, la timidez y el humor. Habita el secreto con la misma naturalidad con que otros nadan en el ruido. No es ni dragón ni caballero andante ni filósofo gimnosofista ni hechicero. Sabe sonreír y esa sonrisa lo aparta de los hombres modernos. [...] No escribe para publicar (aunque no rehúye la publicación) ni para explorarse ni para saber quién es o qué cosa es el mundo. Graba sobre la roca que sirve de puerta a su ermita unos cuantos signos. Sabe que otros ermitaños recorren la región y que, acaso, se detendrán y descifrarán esos signos. Se llama Cristóbal Serra y, hasta ahora, sólo ha publicado un pequeño volumen de poemas en prosa: *Péndulo*. El tiempo que marca no está en los relojes: es el tiempo de la verdadera poesía".

Cuando en 1957 apareció en la ediciones Atlante de Palma su primer libro, *Péndulo*, causó tanta sorpresa como admiración por su disonancia con las poéticas dominantes en la época. Su heterodoxia en cuanto a los cánones genéricos y estilísticos al uso se mantuvo en obras sucesivas, entre las que destaca su *Viaje a Cotiledonia* (aparecido en 1963 y del que Octavio Paz, recordando a *Péndulo*, dijo que se trataba de un libro "no menos delicado, no menos punzante, tal vez más feroz") por lo que supone de creación de una geografía imaginaria habitada por seres ejemplares (es decir, modelos, en positivo o en negativo, de formas de vivir y de ser, de actitudes morales, culturales, éticas y políticas) que no logran (ni, evidentemente, pretenden) disfrazar sus lazos familiares locales y universales, personajes esos a los que ha clasificado y estudiado cabalmente nuestro colega el profesor Luis Miguel Fernández Ripoll. El libro, que la muy académica manía clasificatoria no dudaría en rotular de "libro de viajes", aunque muchos –entre ellos el propio Cristóbal Serra- le hayan buscado allí un mejor acomodo añadiendo al sustantivo "viajes" el adjetivo "quiméricos", conocería en 1989 una segunda parte, o una segunda salida, hablando en cervantino: *Retorno a Cotiledonia*. En él avisa "El autor al que leyeré" sobre el sentido y contenido del libro y sobre la tradición de algunos de sus parientes próximos: "Entrego este segundo viaje al País de los Cotiledones consciente de que a mi modo sigo la tradición de aquellos viajeros quiméricos que tuvieron la suerte de ser narradores de varios viajes a un mismo continente misterioso. [...] El autor, es cierto, sigue las huellas de los descubridores de Lilliputs y Brobdingnags, de Erewhons y de todos esos países que los ingleses llaman genéricamente *Fairyland*". Antes de su muy reciente entrega autobiográfica *Las líneas de mi vida* (2000) y de su aproximada continuación todavía inédita, *Tanteos crepusculares*, Cristóbal Serra nos había entregado otras dos obras de aquello a lo que él mismo designó como "diario reflexivo" y que yo, por pura prudencia, me abstendré de catalogar (aunque sí puedo citar que, para referirse a ellos, otros han hablado de "prosas poéticas" o de floresta de aforismos): me refiero a *Diario de Signos* (1980) y *Augurio Hipocampo* (1994). Y, entre uno y otro (1986) y casi en la frontera de sus características e intenciones, *Con un solo ojo*, libro aparecido en la muy recordada y muy desaparecida colección Arxipèlag publicada *in illo tempore* por nuestra Universidad y en el que Jaime D. Parra ha visto la afortunada conjunción de "la tradición aforística, la profética, la apocalíptica, la visionaria, la crítica y el aforismo propio". Nada diré de las obras "proféticas" - *Itinerario del Apocalipsis*, *La noche oscura de Jonás* y *Visiones de Catalina de Dülmen* – porque como novicio me han enseñado a no tomar en asuntos tan serios la palabra del Maestro en vano. Sí quisiera volver, sin embargo, por un instante a *Augurio Hipocampo* para recordar que su apellido original era el socialmente poco aconsejable de "Burro" y aprovechar la circunstancia para hacer aquí una vertiginosa referencia al muy selecto y personal bestario de nuestro autor, bestiarío en el que sobresale la figura emblemática del asno como símbolo y resumen de la más alta sabiduría. El interés y la preocupación, la obsesión casi por la figura y el valor representativo del asno (asnomanía la llamó él) parece que nació tras el encuentro casual con un libro – *El Asno Ilustrado y otras zarandajas*, escrito y publicado en 1837 por un ex clérigo que prefirió el anonimato- y esa asnomanía se mantuvo de manera creciente a lo largo de la vida de Cristóbal Serra, quien no sólo pobló sus libros de referencias al singular cuadrúpedo, sino que le dedicó un libro hoy indispensable en la particular ciencia de la asnología y en la más general de la filosofía –*El asno inverosímil*, 2002- y llegó a crear una Hermandad Asnológica con sede insular, compuesta por Hermandinos Burlaveras y con estatutos propios, como manda la tradición y el buen orden administrativo.

He mencionado antes, y en más de una ocasión, la pasión de Cristóbal Serra por el aforismo y sus parientes próximos, y es que el decir aforístico es marca característica de todas sus obras, aunque muy especialmente y de manera específica deberíamos señalar a ese respecto dos de ellas: *Efigies* (2002), donde se nos ofrece una ordenada antología de aforismos espigados por Cristóbal Serra entre las obras de algunas de sus afinidades electivas (de Zhuangzi o Heráclito a Ramon Llull o Leonardo da Vinci, de Pascal a Jonathan Swift, William Blake o Novalis y de Nietzsche o Léon Bloy a Bergamín, Juan Ramón Jiménez o Carlos Edmundo de Ory, y *Nótulas* (1999). Sobre la naturaleza de la "nótula", especie literaria inventada por el autor, éste ha querido caracterizarla así: "La nótula se toca con la nota y linda con el aforismo. Tiene de la primera el gusto desenfrenado por la autonomía y la libertad. Se confunde con el aforismo en lo que éste tiene de aerolito, de caída irremisible". Podríamos añadir nosotros entre otros familiares, amén del aforismo o "monolito poético" (como Serra lo llamó alguna vez), la propia greguería, o el fragmento (al que Paz se refería como "partícula errante, meteórica, que sólo se define frente a otras partículas" y, en fin, otras modalidades del decir relampagueante con el adorno del trueno más o menos poderoso conforme las distancias.

En la extensa obra de creación de Cristóbal Serra se reflejan de manera evidente las afinidades del lector, el traductor y el crítico, afinidades que configuran a su vez un territorio también de marcada heterodoxia en relación con las obras y autores frecuentados por sus contemporáneos: el Apocalipsis (para el que nos dio una luminosa "Guía de lectura"), Swift (el maestro de la ironía, herramienta predilecta de Serra), el visionario William Blake (también creador de una cosmogonía personal), Larrea (heterodoxo incluso de las más osadas heterodoxias religiosas o literarias), Breton (a cuya *Anthologie de l'Humour Noir* tuvo el atrevimiento de responder con una célebre *Antología del humor negro español*), Octavio Paz (que sería después su lector y admirador confeso), Michaux, Melville, León Bloy, Chuang-tzu, Max Jacob, etc. A todos ellos hace referencia en el breviario de lecturas al que dio el título de *Biblioteca Parva*, incluido en el volumen que con el significativo título de *Ars Quimérica* (publicado en Palma por las ediciones Bitzoc en 1996 y más tarde reeditado por el Círculo de Lectores) recogía la obra completa del autor publicada hasta ese momento.

Escritor, traductor, investigador, profesor: así se refieren a la ocupación o profesión o a los mesteres conocidos de Cristóbal Serra quienes se han ocupado de su obra. Podríamos también definirlo como lector, cavilador o fabulador, aunque bien sé que no son estas "profesiones" admitidas como tales (incluso como simples pasatiempos a punto están de ingresar en el catálogo de actividades socialmente condenables por nocivas y a requerir espacios acotados en los locales públicos: tiempo al tiempo). De cualquier modo, en el caso del autor de *Péndulo*, esos y otros términos no serían sino superficiales y parciales y hasta engañosas maneras de disfrazar el calificativo verdadero que merece: Poeta. Se preguntaba Hölderlin por el sentido de la poesía y los poetas en estos nuestros tiempos de miseria. Y respondía Novalis afirmando que, entre otras cosas, "la poesía cura las heridas que causa el entendimiento". Una buena razón, la terapéutica, para alegrarnos por poder dar hoy la bienvenida a un Poeta a la Universidad, a esta nuestra Universitat de les Illes Balears.

Pero, además, hoy es un día de alegría también para quienes pensamos que la Universidad no ha de ser un laboratorio engendrador y legitimador de dogmas y doctrinas sino un campo abonado para la libre exposición de dudas razonables, para el diálogo fecundo y apasionadamente sosegado en torno a ellas, y, ya que hablamos de un Poeta, para el culto a la palabra que crea cuanto nombra y en su fuerza dinámica va creando también aquello que simplemente evoca o que sugiere.

Quisiera terminar aprovechando el pie que me dan unas palabras del propio Tòfol Serra: "Los hombres somos unas sombras que algunas veces nos mezclamos con la luz de un crepúsculo. Nada más". Sombra como yo mismo me reconozco y sé, me siento muy honrado y muy feliz – tercer motivo de alegría, este particular- por poder saludar desde aquí la presencia entre nosotros y como uno de nosotros a ese Poeta "crepuscular" y silencioso al que comúnmente llamamos Tòfol Serra con cuya luz mi propia sombra puede imaginarse también iluminada.

Gaudeamus igitur.

Perfecto E. Cuadrado

12 de enero de 2006